



Martín Smud

*Reencuentros
en la nueva normalidad*

Reencuentros
en la nueva normalidad

Martín Smud

Reencuentros
en la nueva normalidad

ÍNDICE

En la calle Eustaquio Frías	9
¿Qué me pongo?	15
El perfil de ella.	19
Encuentro	27
¡Atendé, puede ser importante!	33
No te quiero perder	43
Hablemos de lo que nos pasó	47
El erotismo del mosquito	53
Estornudos, fuera de aquí	61
La librería abierta a la franqueza.	71
No al cirujeo, amor	79

EN LA CALLE EUSTAQUIO FRÍAS

Luego que les pasara por encima una pandemia, la seguridad de que *no somos quienes fuimos ni vivimos en el mundo que vivíamos*, y que seguían sumando años, charlan de la nueva normalidad y se sorprenden. Una palabra larga que sostenía sus cuerpos, armaba nuevamente sus rutinas, el tiempo habitable y hasta lo que estaba bien y mal, una consistencia rara, poco confiable, *aún me atemoriza salir, es como si nuestra seguridad en sí misma hubiera volado*, los asaltaba.

Y era raro para ellos, a ella jamás le gustó permanecer igual al de día de ayer pero hoy quería ser igual que antes de ayer. Él miraba a su alrededor e intenta volver a encontrar la seguridad, *me llené de cosas para hacer* pero estaba contrariado, muchas veces había escuchado: lo que no lo hiciste entre los treinta y los cincuenta y pico, no tiene sentido, para qué y luego cómo y

lo terminante: no lo vas a hacer. Y él estaba en ese pico. Antes se hablaba de los cuarentones, *una risa parece ahora pensar lo que se consideraba antes*, le dijo a ella por whatsapp.

Pronto le pediría las coordenadas del encuentro; se animará, y ella también le responderá bajándose el tapabocas para darle un beso.

Él sentirá su cuerpo caldeado por miles de años en una fogata inextinguible. Ella sentirá el arrojito de Prometeo al entregar el calor del fuego, descubriendo los cuerpos al erotismo que quedaron largos meses en casa, mejor dicho el departamento que alquilaba con su hija por Villa Crespo.

Él sentirá sus lenguas entrelazadas, esa búsqueda de tantas décadas postergadas pero hoy como hace miles de años, *nos volveremos a ver, así lo soñé, tan imposible que aún no lo creo*. Ella y él no pueden dejar de sonreír, por un rato sin tapabocas, arriesgándose, besándola, besándolo, besándose.

El tiempo de la normalidad es el tiempo de esas lenguas que vuelven a descubrirse con ese aroma fuera del tiempo, algo largamente

guardado. ¡*El diluvio planetario nos ha dejado vivos!* Él y ella, se reencuentran, ese cosquilleo en todo el cuerpo cuando una mano les hace acordar que las curvas tienen la forma del deseo que el otro arma y desarma.

Pero suena un teléfono, no sabemos si el de ella o el de él, los desconcentra. El ser humano ha perdido concentración, o quizás ha ganado interés en una normalidad pulida y bulliciosa que los refleja en la superficie de sus celulares inteligentes que les manda una notificación: dependen de él para reencontrarse.

Ella lo ha buscado en las redes sociales y ahora quisiera que se enterara que esto no lo imaginó jamás, reencontrarse con ese amor de adolescencia, con él, ese pendiente, ella se reía, media atemorizada, por utilizar esa palabra que tanto la perseguía de lunes a viernes en su ajetreo laboral.

La nueva normalidad era tan incierta, tan difícil los tiempos verbales, ¿qué pasará cuando se vean? Ninguno había querido *stalkear* al otro, saber por dónde había estado, con quiénes, qué películas le había gustado, a quién había votado.

Ella se animaría a bajarse el tapabocas si..., él le propondría volver a ese encuentro de los dieciocho en el que no se había animado a decirle que... Incierto y condicional, nada de anticipar lo que pasará y menos que menos *spoilear* el final. ¡Como si alguien lo supiera!

Si, ya empezaban los insipientes o abruptos achaques, lo que ya se retiraba del cuerpo, lo que se comenzaba a desinflar, la necesidad de mantenerse bien, *pero no hablemos de eso*, cambiar rápido el género de la película. Ella no duda, se baja el tapabocas, se sonríe dándole un beso, el primer beso después de cientos de años, un beso en ese breve periodo entre una ola y otra, un beso entretanto la incertidumbre de lo que pasará, esos pequeños instantes. Él tendrá la urgencia de ir al baño, de la pandemia le ha quedado una incontinencia pero invocará no sabe a qué dioses y aguantará un rato más.

Imaginarse estar a su lado nuevamente, olvidarse de la historia, de los compromisos con las cosas que lo encadenaban a su rutina. Alegre espera que ella proponga dónde encontrarse, la magia de reencontrarse, *¿se animaría?*, pero antes debía creer en la nueva normalidad. Si

el amor se abre y se cierra, la calle también, había que apurarse antes de que se cerrara, que volvieran las restricciones y ya no tengan lugar adónde ir. Ella pone un punto de encuentro, ¿él le diría eso que nunca pudo? Ella se imagina dónde, él un lugar donde arrojarse a eso que parecía estar olvidado pero cuando ahí, llevándose las ropas, no importa nada más que besarse y no dejar de sonreír. ¡Cómo es posible reír y besar al mismo tiempo!

El deseo de verlo, el deseo de una nueva normalidad, le dijo una dirección, ¿por qué esperar con los brazos cruzados? Salir pronto a caminar, ahora que se puede, ir hacia el erotismo, sentir la vida que te cachetea la cara, la posibilidad de reencontrarse, reflexionar juntos lo que ha pasado en este planeta y en sus vidas, en este siglo XXI, en el fatídico 2020, en sus vidas divididas en dos por los adelantos tecnológicos que les marcarían el camino y los minutos hasta la calle Corrientes pasando aquella pizzería que comían antes, *era tobara, ¿te acordás?, por el 4800, esquina ¿cómo era? Eustoquio Frías*. Nunca ella se había olvidado esa calle.

Brindarían, un par de cervezas serían suficientes para estar más que contentos, estar así, felices, llegar a la conclusión de que si el tiempo ha pasado sólo ha sido para que ellos descubran que se han enamorado perdidamente de alguien que conocían desde siempre, que la nueva normalidad, comenzó cuando caminando por Corrientes, ella se baja el tapabocas, él ya no lo tenía, se besan en ése y sólo en ese momento y no les interesa más que sentirse ahí, sin historias, tan nuevecitos en eso del amor, aún tan raros, ese antes tan presente, esa vieja normalidad todavía mirándolos como esas personas criticándolos por estar besándose desoyendo las normas de cuidados públicos.

¿QUÉ ME PONGO?

Hoy te veo. Cuántos desencuentros, cuantos días encerrados y decir con seguridad que hoy es ese día. Pero primero tengo que ponerme una camisa. Después de tantos largos meses, ni usado ni mirado una camisa, volver a usarla no es cosa fácil. Verlas descansando el sueño eterno en las inmortales perchas. La certeza súbita de que ningún ser humano está preparado fisonómicamente para usar una camisa. La sensación, instantánea, de lo ridículo.

Debería haber tenido una preparación psicológica unos días antes. Él tenía la costumbre de hablar como si estuviera delante de un auditorio, avisarles a quienes se van a poner una camisa mañana que van a tener un primer y gran interrogante: ¿Qué es lo que hicieron los últimos treinta años usando ese artefacto tan inútil y fuera de toda lógica humana? Lo que llevé puesto durante gran parte de mi vida ha

sido una aberración, un invento desconsiderado y contrario a la naturaleza humana.

Y no me quiero imaginar el que se pone o la que se pone una pollera larga para la ocasión, o un pantalón de frac, o una corbata. ¡Qué tremenda sensación de desbarajuste interior sentiré mañana cuando tenga que ponerme una corbata! Y ¡cuántas cosas más ha inventado el ser humano contrariando su naturaleza!

La normalidad es exigente y debo ponerme una camisa, pero ahora el problema se ha vuelto más incordioso, menos filosófico: no me gusta ninguna. El gusto anterior a la pandemia había sido un momento en mi vida, sólo un gusto.

Él iba de una camisa a otra, cada camisa que pasaba venía hacia él, lo azoraba, lo atacaba una historia, todas hablaban de un momento, cuándo la compró, de algún acontecimiento, amor, duelo, ésa la heredé de mi padre, ésa la compre hace quince años cuando me invitaron a un programa de televisión, ésa me la regalaron, ésa ¿de dónde salió?, ésa es del verano cuando creía que lo hawaiano iba a durar por siempre, y ¿ésa muy formal que está ahí? Creo que me la pongo y me

convierto en una momia, ¡Qué confusión lo asaltó al no reencontrarse con ninguna que le gustara!

Eso era la nueva normalidad, uno vuelve a una vida que pareciera continuidad con la anterior, sin embargo, ninguna camisa nos gusta, nada de lo que teníamos es hoy de nuestro agrado. Debería tirar todo por la borda y volver a comenzar, eso sería una actitud franca y honesta, tirar toda la ropa y volver a comenzar. Sabía que quizás fuera una idea incorrecta, apresurada, impulsiva, un acto del arrojito o de la destrucción. Pienso que simplemente no estoy acostumbrado a usar camisas, a abotonarlas, a dejar holgado las caídas de las telas, a soportar el estilo, las arrogancias de ese pequeño atuendo que cree que me volveré distinto si elijo una u otra.

Las camisas cuelgan muertas desde hace muchos meses esperando que alguien las rescate del ropero pero no quiero, me niego, una resistencia tal me hace no quererlas, no precisarlas, ¡igual me la pongo!, hoy haré la prueba de volver a ser lo que alguna vez pensé que era. Y por vos, para verte más linda cuando te sorprendas de la pésima elección que hice pero que aun así me ves lindo.

Recorro la ciudad para verte. Una ciudad distinta, aún no muy convencido, todavía tímido, intento ver hombres con camisas, no es fácil. Creo que me han engañado, la camisa en estos meses se ha dejado de usar, ahí encontré uno pero me parece que está esperando para entrar al hospital, quizás algún familiar, algo pasó... usa camisas porque hay alguien que muere o alguien que está cerca de morir. Sigo buscando, no encuentro... Ahhhhh, ahí hay otro, pero usa camisa como acto de rebeldía porque no debería usarla, pantalón de gimnasia y camisa no va.

Hay algo en la camisa que no funciona, él se está dando cuenta de una gran verdad, la rutina lleva al uso indiscriminado de camisas, ¿cuántas cosas han pasado en estos meses que no me había dado cuenta? ¿Y en estos años? Gracias a la cuarentena que nos ha permitido ver las cosas de otra manera, podía aseverar que la nueva normalidad venía sin camisas.

EL PERFIL DE ELLA

Ella no da más. No puede mantenerse igual a sí misma por más de cinco minutos, sabía de sus cambios anímicos pero no pensaba que fueran tantos y que cambiaran tan deprisa. Cómo se presentaría, ¿mejor, peor o igual a cómo era o a cómo estaba? Malditas diferencias del ser. ¿Quién se presentaría a la cita? Siempre la pregunta giraba alrededor de esa cosa que nos convierte en seres humanos, para Aristóteles se trataba de la condición de imitación, sostenía que nos diferenciamos de los animales porque “somos aptísimos para imitar”.

¿A quién ella imitaría para encontrarse con él?, después de miles de años de sacarse de encima al anterior y estar preparada para enamorarse como nunca lo había hecho en su vida. Iba acercándose a los cincuenta y tres y no los parecía, le faltaban miles de años como mostraba su cara aún de nena esperanzada

con el príncipe azul, aún recordaba la voz de su madre cuando le contaba de él, y ella lo había odiado durante tantos y tantos años pero estaba podría estar llegando... ¿la estaría esperando en aquella calle, la calle de ambos?

¿Imitaría a la mejor, a la peor, a la igual? Imitando había adquirido los primeros trazos de nena, las disciplinas necesarias para luego ser una mujer que llamaba la atención.

Piensa en una amiga, ¿cómo iría de ánimo a la reunión? Pero ella era distinta. A su amiga le gustaba la tragedia, le contaría lo mal que la estaba pasando con sus padres esperando la segunda dosis de la vacuna y una muerte que no tardaría en llegar pero *al menos que no sea de esto*. La tragedia nos vuelve mejores decía Aristóteles, y claro, somos mejores de lo mal que la están pasando algunos y algunas, nos alegramos de que no haya tocado a nuestra puerta la tragedia o al menos no tocó tanto tiempo y pudimos hacernos los distraídos.

Otra amiga se presentaría risueña, no parando de hablar, un comentario chistoso seguido de otro, *no sabés lo que le pasó a...*, la comedia nos volvía

peores. Tomamos lo ridículo y gracioso del otro para reírnos a su costilla, *no sabés que según la Biblia hemos nacido de la costilla de quién nos reímos, y que la primera risota fue de un hombre.*

Mejor presentarse en forma costumbrista, pero para ello necesitaba la normalidad. Debería presentarse normalmente, como si no se hubiesen dejado de ver por décadas. Sintió algo único, “un sumo placer” diría Aristóteles al aprehender una verdad que en ese momento necesitaba. Sabía el ánimo con que se presentaría, imitar la cotidianidad, lo que pasaría entre ellos sería la continuación de lo que habían vivido antes. Lo que aún ella no sabía es que esa forma de comportarse la empujaría a la perdición.

No podemos saber qué es la normalidad hoy, y si la queremos imitar quedaremos petrificados como le pasó al verlo. Él estaba hermoso, mucho más lindo de lo que se imaginaba, y aún más que esa fotografía mejorada de sí mismo que había visto en el whatsapp, esa selfie que no podría venir sino de su imaginación o de los filtros del celular. Se acercó tratando de no ser vista, ¿cómo me vería?, tuvo vergüenza y lo sorprendió riéndose, le entró de costado, lo sacudió para ver si tenía

vida, si estaban vivos, si reconocía cómo lo sacudía cuando se solían encontrar hacía décadas, y él, la miró, aún lo recordaba, lo llevaba pegado a la piel.

Tantas cosas han pasado en estos años, diría ella a las cuabras tratando de hilar una conversación, *el comienzo de nuestro “retrasado” siglo XXI*, la miró él tras sus pelos ensortijados y con olores primaverales atrapantes. Ella, aún más bella que en la época más bella, se podría haber presentado con su mejor perfil del facebook, y sería poco al lado de quién caminaba a su lado.

Le toco la cara, la acarició, *debés ser un avatar y no la hermosura que tengo enfrente*. Todo se veía distinto después de tanto tiempo sin salir, cuántos cambios de ánimo había tenido ella en estos largos meses y ahora la realidad se volvía maravillosa pero un tanto irreal.

¡Quizás el encuentro todavía no había acontecido!, sólo su imaginación ante el temor, y frente a la pregunta, de cómo se presentaría frente a él. Quizás ella siguiera en lo virtual, en las redes sociales donde lo buscó, y fue lo único que hizo, buscar y buscar en las redes, y eso, y hacer mucha gimnasia, no la volvió loca enceberrada en su departamento tantos meses.

Y le sería franca, *no sos quién está aca, no podes serlo, sos mi imaginación*. Esas palabras los harían reír, ninguna palabra podría tirar abajo el encantamiento, ni siquiera su viejo problema de la franqueza. *En estos tiempos, ser tan franca te vuelve más hermosa*. Él la miraba y volvía a una época que parecía la edad de piedra, nunca había vivido tanta alegría al ver la sonrisa de ella esculpida en el marmol de su piel.

Algo ha hecho saltar por los aires a nuestra vieja Tierra, y algo la hizo estallar al verlo, era irreal pero tan hermoso, más que su foto del whatsapp, se notaba que había vivido, sus ojos negros resplandecían.

Ella comprobó que había nacido un nuevo ser que Aristóteles no había imaginado, un ser que poblará el planeta, en cada encuentro debíamos ser mejores, peores, o iguales a nuesro foto de perfil. Pero él no la había trampeado, *te acordás que usábamos mucho esa palabra*. ¡Qué maravilloso comprobar que no era una foto de las vacaciones de hacía diez años!

Ella lo había intentado miles de veces, pero jamás pudo sacarse una selfie en la que pareciera

a ella misma. *Estás más linda.* Ella, la franca, engañaba con sus fotos, *nunca pude con la foto de cómo soy hoy.*

Fallaría inexorablemente con su objetivo costumbrista, *tu foto de perfil menosprecia lo bella que sos, sos tan increíble,* él no podía dejar de acariciarle la cara.

El celular le respondía con una foto más que aceptable, tantas cremas, tanto gym tenían sus beneficios, pero no se reconocía ahí. La caricia de él le demostraba que su última selfie tampoco era la de ella.

Si el ser humano sabe de su existencia por su celular y las múltiples pantallas que nos acompañan a toda hora, podría responderle la pregunta que le formulara, por qué ella no había recibido una selfie de sí misma que la dejara satisfecha y cuánto tiempo le llevaría llegar hasta la calle del encuentro.

Debería presentarse costumbrista, deletrea la palabra costumbrista porque perdía súbito su significado, y deletrea tipeando la calle del encuentro, *¿cuánto tiempo tardo caminando, google?*, llegaba tarde como siempre y encon-

trarse con el perfil de él para amarlo antes de verlo, y cuando llega y lo ve, *hubiera desandado todo los años sin verlo, y le seguiría hablando hasta el fin de los tiempos*, le contaría a su amiga.

Siempre había dicho que no convenía ver el perfil del otro antes de una cita. Puede ser mejor, peor o igual al ser humano que viene después, en eso se equivocan las aplicaciones de citas, deberían ser a ciegas, sólo contarnos historias, pero nuestras caras, nada, no, no, nunca llegaban a estar a la altura, se comenzaba desde abajo, remontando la cuesta de la realidad.

Ella lo mira, se equivocó, quizás no había venido con el ánimo conveniente. Aristóteles había hablado de comedia, tragedia, costumbrismo pero que no había hablado de la alegría de ese avatar que la esperaba, de ese reencuentro primero en las redes sociales, y de la enorme maquinaria que habían puesto en juego para reencontrarse hoy en este tiempo en el que el planeta y ellos tanto se habían transformado.

ENCUENTRO

Ella se baja el tapabocas y se sonríe dándole un beso. El primer beso después de cientos de años, no son cientos sino un beso en pandemia, después de la pandemia, entretanto la pandemia, *vaya a saber hasta cuándo la maldita pandemia*. Un beso en la incertidumbre de lo que están viviendo, un beso eterno que dura un instante que lo van a ser seguir en ese lugar que él propone, apenas a seiscientos metros y ella aceptaba.

Y cómo no enamorarse, ella no puede dejar de sonreír besando y besándolo, descubriendo esas lenguas que estaban en los tiempos remotos del tiempo anterior y que volvían a descubrirse como algo largamente guardado. Siente un cosquilleo en todo el cuerpo. No importa nada más que besarse y no dejar de sonreír.

¡Cómo es posible reír y besar al mismo tiempo! Ella tenía esa rara cualidad, que él ya le había

dicho en la adolescencia. La nueva normalidad era un retorno a un pasado nunca olvidado, sobre todo para ellos, recientes cincuentones que se descubren tan jóvenes para tener ganas de divertirse como cuando tenían dieciocho.

No hay que pedir permiso simplemente esperar que el momento acontezca y hay tanta espera, tanto tiempo, que ahora no se trata de esperar sino ir lentamente, pensar que existe el tiempo y que hoy es infinito. Ambos están juntos, pero también saben que la nueva normalidad dura poco, y que esto que está pasando, quizás también. Tienen miedo de lo que pasará cuando comiencen a extrañarse, cada cual tiene su hoja de ruta, su desempeño, vienen haciéndolo más o menos bien desde hace décadas, hijos y padres, los años están y son comprometedores.

Todo podría haber sido distinto si este encuentro hubiera sido treinta años antes, se mordía la lengua él por decirlo. La vida tiene tantas oportunidades y sobre todo es estar aca, en ese momento único le hubiera respondido ella. Ahí estaban, caminando, los cuerpos, únicos, descubriéndose.

¿Cómo poder estar satisfecho de nuestra vida si lo que estamos viviendo podría haber sido tantas cosas diferentes? “Conformate dijo un tigre viejo, nunca el techo y la comida han de faltar”. Seguro que esa canción de Moris la escucharon juntos pero ninguno de los dos recuerda si habían estado con el otro pero imaginan que sí, que podría haber sido, que fue así.

Los recuerdos van para el lado de los cuerpos que suspiran. Los recuerdos son como un pizarrón, *¡te acordás del pizarrón, era negro, jno!, Recuerdo las tizas y hasta el borrador*, siempre dejando lugar en el pizarrón hasta que terminaba la clase y se olvidaban de borrar, quedaba todo escrito para la otra hora. Y era la neuva profesora la que agarraba el borrador, tantos años habían compartido el aula que daba para la calle Otamendi.

—*¡Qué objeto inolvidable el borrador!*

—*No es necesario recordarlo ahora.*

Se ríe mientras besa. Se ríen. La alegría no cabe en la cara y se transforman en ondas electromagnéticas. Él descubre que eso terminó siendo su mundo, estudió para docente, seguía

dando clase en secundarios, que siempre tuvo un borrador en sus manos, siempre con adolescentes, con las manos llenas de tiza. Y que el deseo de ella nunca se había borrado, y que podría haber sido. Y ahí estaba. Y besaba y reía, besando riendo, reía besando.

Hay objetos y personas que no se olvidan, hay momentos que no se olvidan, *¿por qué no llegamos a estar juntos esa noche? No me animé.* Ahora no importaba, no puede importar en este momento. Ella y la escena estaban ahí; pero el recuerdo, lo imborrable, el pasado lo sacudía. Abre los ojos, mira esa boca que sonrío y es feliz, con la felicidad que se puede ahora, en una época donde se besó tan poco. Y piensa que dentro de un rato, ella no estará. Le quería hablar, siempre fue así, siempre le hubiera querido hablar para decirle.

—Estás acá, conmigo, presente, con tu boca, tu sonrisa.

Ella se detiene, lo mira enamorada, nunca había dejado de estar enamorada de él, aunque la vida había seguido su curso, era rara la pandemia, tantas pérdidas y ahora estar acá. El

universo viene a oleadas, que subían y bajaban, nada se calmaba entre ellos, se embravecía, se juntaban, se distanciaba, solos, muy juntos, quebrar el tiempo y el espacio y hacer único cada segundo que parecía nervioso, más rápidos que el latido de ella.

Las arremetidas venían, cada cual, adentro, uno de otro, nadie podría distinguir quién estaba ahí, el sexo no tiene género, había dicho Judith Butler, sólo rayas, puntos, fluidos y sobre todo voces con la dulzura de esas palabras que se escapaban. Ella comprendió lo que lo amaba y lo que él la amaba, estos miles de segundos que les robaron al tiempo la preocupaba, si la normalidad debía ser un ladrillo translúcido y cuadrado como la percibió Cortázar, la nueva normalidad subía y bajaba encerrado en una habitación donde chocaba la cabeza cada desayuno, cada almuerzo, cada cena, contra alguna pantalla detrás de las cuales no había paredes.

Lo que no habían vivido juntos les hacía sentir una rara extrañeza. Era los de antes pero no eran los mismos. La normalidad era la de antes pero no era lo misma. Esa extrañeza. Lo que hubiera vivido si elegíamos aquel camino, si hubiera

sentido este beso y esta forma de estar juntos, si se hubieran dado en otro momento, en aquel momento.

Ella desea ser tocada como nunca, toda esa vergüenza que tenía en la adolescencia ya no era sino esta mujer que tenía sus principios y su forma de gozar que ninguna pandemia la haría olvidar. Ríe, se está dando la magia y mejor, la inesperada magia, ésa que alguna vez los dejó esperando que el deseo fuera infinito y era él, tan desconocido como un fantasma pero tan actual que asomaba desde el fondo de su recuerdo y olvidaba todo.

¡Atendé, puede ser importante!

Pero lo inesperado sucede. Un celular suena. No sabemos si es de ella o de él. Quiebra la escena, reaparecen los largos meses de un estado de inutilidad, la inundación repentina de las restricciones de movimientos en cuarentena, y mucho más que eso, la experiencia repentina de una especie de angustia, que él nombra como aterración.

Él se detuvo, se preguntaría por largos años porqué y aún así no entendería y encima ella le pediría explicaciones, muchas explicaciones, demasiadas. Su cabeza y sus palabras no sabían qué decir, volvía ese pavor que siempre sintió frente a ella; su belleza y su forma de cuestionarlo, lo empequeñecían. La calesita de su historia lo mareaba, nunca le había gustaba ese juego insensato en las plazas de la infancia. Ella desilusionada, ¡qué cara tenía!, no le daba respiro. Él quería decirle que a mucha gente le

había pasado, que en la terminación del azote pandémico, no era fácil concentrarse a pesar del comienzo del calor y los tiempos de privación y de estar con ella.

¡Que otra vez era su culpa! Se imaginaba explicando y explicándole a la gente que pasaba por la calle, contándoles qué le había pasado, detenía a las personas en sus caminos para preguntarles si esa sensación de inutilidad era compartida.

Había quedado descargado, desconcentrado, después de tantos meses y encima la vuelta repentina del temor, los pedidos de explicaciones, y que otra vez ella se olvidara de él. Intentó, sin sentido, la salida desesperada, volver al juego de las lenguas, al ruego del seguir, buscando, reencontrar el rumbo, pero ella ya había sentido ese gusto fatigoso, que le confirmaba que volvía la distancia de décadas *¿qué estoy haciendo acá?* Iba creciendo su descontento, su desconcierto y por cierto, sus ganas de irse.

La nueva normalidad eran esos dos tiempos: la máxima felicidad, nuevas formas de encuentros novedosos, y separaciones instáneas, veloces;

y esos dos tiempos se alargaban a gran parte de su vida, ella podía hacer un recuento infinito, casi todo lo recordaba.

Y lo peor era la incomprensión y ahí ella, no se podía detener, necesitaba explicaciones. Luego de separarse demasiado velozmente por la cantidad de besos primero y la cantidad de pedidos de explicaciones después, comenzaría una carrera interminable de mensajes de whatsapp. Necesidad saber qué había pasado, con ella y qué pasaría entre ellos, con él. Que se detuviera, que diera paso a contestar el celular, era una demostración cabal de algo desconocido.

Ahora y hace treinta años, hubiera querido saber, volver a caminar, cada acera, junto a él, no perderle pisada, saber qué le faltaba, qué elementos de su historia no conocía. Él hubiera querido borrar lo que pasó, y tantas cosas que habían pasado desde entonces, no hubiera preferido hablar. ¿Qué contarle y, sobre todo, cómo?

Ninguno podía dejar de escribir mensajes, aún caminando alejándose, por calles contrarias, cada vez más rápido de lo que habían tardado en unirse, las palabras se acercaban y se alejaban

sin consideración de sus cuerpos, más y más distanciados.

El nivel del deseo ha descendido tanto que ha dejado ver las piedras del fondo, las pulsaciones pétreas han expuesto el cansancio de la humanidad a los fluidos y a la esperanza de correspondencia entre la primera y segunda persona del singular, le quería explicar él intelectualizando desde lo contextual. Entonces tú y yo hemos vivido la mayor bajamar sexual de la historia de la humanidad, ¿no?, le respondía ella.

Al menos estaban de acuerdo de que empezaban a no entender, que por el nivel de calentura, por el virus pandémico, por sus palabras, o sus explicaciones, se volvían a alejar, que se habían llevado bien, y que sus cuerpos habían padecido el mayor desencuentro sexual *¿en la historia de la humanidad, qué quieres decir?*

Él no quería seguir la conversación por ese rumbo, cambio de calle por la que caminaba hacia su departamento, y le propuso una tesis antropológica, sostenía que había comenzado un nuevo siglo con el comienzo de la pandemia, y que los seres humanos sentían el drama del amor,

y muchos tomaban antidepresivos, o cualquier otra pastillita. Tendría que haberla tomado, para que lo deje de molestar esa historia inacabable de desencuentros. Pero ahora volvía con todo. Ella era antipastillas, y le contestaba, *quisieran que no hubieran más personas dejadas, suicidios amorosos, expectativas* y pensó en el príncipe azul, otra vez esa esperanza, encontrarse, no comprenderse, desilusionarse.

Pero maldita sea ¿por qué con ella? ¿Por qué se había detenido justo con ella a decirle que conteste ese celular?

Todo había pasado. Él pide volver, quiere verla ahora, desandar el camino. Debía esperar su respuesta, mientras tanto seguía hablando a la gente que pasaba, pidiendo opiniones como limosnas, *quizás ya venía mal y este tiempo de no salir, de no encuentro, de no mezclar manos y órganos sexuales hizo emerger lo que ya estaba en ciernes. Y por eso me detuve.* Puede ser que algo de ese sonido, el del celular lo detuviera, *que ese sonido nos tuviera amaestrados*, o que dudara de quién sería, quizás para ella, o para él, quizás su miedo a estar escondiéndose.

La espera de su respuesta más que el caminar lo dejaba exhausto, no sabía dónde estaba, ¿por qué siempre estaba en tantos lados y hacía tantas cosas? Quizás por eso se detuvo, quería serle franco, podría contarle su vida en miles de mensajitos pero era mejor decirlo ahí. Le pedía nuevamente volverla a ver.

Ella no estaba para contestar un sí o un no. Por primera vez, una rara sensación, hubiera querido no haber ido, sería muy comprometedor la relación con él y no era promisorio comenzar con una frustrada relación sexual, con él no era sólo sacarse las ganas.

Ambos se habían detenido, hubieran querido seguir adelante, lo sexual no podía ser oscuridad entre ellos, no podía seguir adelante sin preguntar apodos íntimos, lugar de residencia en la cama, tipo de pareja y estado actual. Quería saber demasiadas cosas en ese pedido de explicaciones de porqué se había detenido.

Una catarata de palabras caían tan rápido de su cabeza que no podía responder sí o no, sólo intentar hablar de lo que pasó, a ellos ahí y en

esas décadas, esas acciones detenidas por ese celular que suena y sigue sonando.

Me desconcentró el celular que siempre llevamos en la mano, él intentó decir cualquier cosa. Ella lo empezó a burlar, si lo tuvieramos todo el tiempo en la mano nos sería más difícil bajar un pantalón, él se agarró como loco a esa idea, imagínate desabrochar un corpiño si se lo tiene en una mano y hay que haerlo sólo con la otra, no es nada fácil.

Quería acusar al celular de metido y de culpable. Ella rápido percibió sus intenciones, no había olvidado su incredulidad, *para algunas actividades humanas son necesarias ambas manos y sobre todo franqueza.*

Franqueza, entonces no era el celular que se había entrometido, celoso, quería saber quién era. Quería saber su opinión acerca de tipo de relación y él a su vez quería saber qué pensaba de la monogamia, si era la única manera...

Y él pedía volver para hablar, era ahora, no podían acusar al celular que los comunicaba, no podían hablar claro por mensajitos, sólo intentar

explicar, y ella desilusionarse, otra vez, infinitamente.

No lo puedo creer, si es esto la nueva normalidad, más desilusionada, después de tanto tiempo, se había bajado su tapaboca y era él el final de su odisea de meses y meses, y ahora ¿cómo seguir? ¿seguirían en extenuantes encuentros virtuales? ¿Volvería a animarse a la presencialidad tan dificultosa?

Habían desafiado no sólo las medidas de salud pública sino la vida que llevaban hasta ese momento, querían demostrar no sólo que el acto sexual existía; que no era sólo una previa, el calentamiento, el momento de la promesa, lo que te voy a hacer, lo que vas a sentir, lo que abrirás en mí, el sólo para vos, se habían enamorado, nuevamente o quizás fuera la continuación y lo habían conseguido, pero ahora cada uno caminaba para un lado diferente.

Había funcionado, las lenguas se habían fusionado pero seguidos por las actividades planificadas para hoy, ella le dijo que quizás otro día, que no era por ese celular que suena y suena sino por algo que no los dejaba terminar, ni siquiera

seguir. Los nuevos celulares son inteligentes, no aceptan que los dejemos tirados por un rato, e intentemos robarles un rato al destino. No era cosa fácil. *¿Te desconcentró? No es eso sino que preferiste saber quién era*, le seguía recordando ella. Él le constataba que a ella tampoco la curiosidad la había dejado continuar, que ella también se había detenido.

Era cierto, algo se le presentó en ese llamado, no era alguien que se había acordado de ella, no era eso, el llamado era por algo. Lo que podría estar pasando, tendría sus consecuencias. Ella era cabulera.

Ese sonido, demostraba que él estaba un poco acá y un poco allá, y que ella tenía miedo al destino. El mínimo impedimento, les hacía acordar que sería mejor dejarlo para otro día. Ya habían llegado hasta allí, ella hubiera seguido, él también, pero ella pensó que él no seguiría y se detuvo, él notó su desilusión. No terminar con la escena, la demostración de que el ser humano ha perdido decisión y concentración.

Encontrarse era la esperanza, pero sonó el celular y ahora llama, la están llamando, lo están

llamando, la esperanza difícil de cumplir en estos comienzos duros por pospandemia cuando ella se levantó el tapabocas para besarlo en un tiempo raro, en un siglo nuevo.

Es cierto que él aflojó. En la vieja normalidad hubiera seguido, ahora le parecía no solo aceptable sino difícilmente cumplible seguir cuando el celular estaba sonando y le dice: *¡atendé, puede ser algo importante!*

No te quiero perder

Estaba en la oscuridad, habiendo tomado un tilo, un cuarto de sedante y él no podía dormir. Su habitación agobiante, dolorido por la charla por whatsapp después de su comentario, no lo dejaba en paz. Tenía miedo, tanto miedo de ella como de esa desesperación por las opiniones de la gente que pasara por la calle, debía aclarar una y otra vez porqué había dicho eso, justo en ese momento, ¡cómo si ella no hubiera estado también pendiente del llamado! y ellos, no todos pero la mayoría, no entendieran lo desconcertante de ese timbre repiqueteante del celular.

Derrida, era su filósofo preferido pero nunca hasta ahora había comprendido eso que llamaba la experiencia de lo radicalmente otro. No saber cómo dormir, tratando de pensar las palabras para seguirla seguramente mañana. Y que tampoco así comprenderían. Los dolores en el cuerpo por no haber finalizado lo sexual, se agregaban a esa necesidad de justificación que no

tenía final. A merced de las palabras, deseando seguir viéndola pero, como ella lo miró ayer, todo se había vuelto más pantanoso.

¿Se cerraba la posibilidad de comprenderse? La evidencia del amor infinito que sentían ambos, ahora se alejaba en el tiempo. El infinito había terminado en frustración, y los minutos volvían más presente esa diferencia absoluta. Podría haber sido Derrida pero ahora no hablaban el mismo idioma.

La imposibilidad de entenderse y la no concreción de lo erótico desnudaba una distancia insalvable. ¿Y el amor?, la desesperación de buscarla en cada rincón de su habitación a oscuras para explicarle y ella le susurraba, *nada de lo otro podía ser importante*, entonces *¿lo nuestro no es suficientemente importante?*, o *¿yo no te importo lo suficiente?* o *¿quién es esa otra que temías no contestar?*

Si podía detenerse, y no importaba su respuesta, eso no era amor, ella decretó y se desilusionó. Y él, por ese decreto, perdía lo que hubiera deseado, esa noche y muchas más, pero ahora no podría dormir. Se defendía con fundamento, *no hay una forma sola de amar*, que no

había una normalidad del amor, que se podía tener más de un amor en la vida, y al mismo tiempo, que la monogamia no era la única manera de amar, y que ella siempre había sido la primera pero nada, el castillo había caído.

El amor es una excepcionalidad, dijo ella, debe serlo, no puede ser fragmentado en muchos, el amor es a uno, y de a uno, sentenciaba con palabras que no podrían discutirse.

Derrida, por suerte se metía, discutía con ellos, quería hablar en las tinieblas de su habitación, que el amor hoy son grietas, y ante su carea de culo, que eso no era el amor, lo insondable entre uno y otro, una y otra, sino el amor aparece inopinado y es instantáneo, cuando pide aclaraciones se vuelve vínculo y desaparece. Y eso iba para él que seguía explicando y explicando. ¡Derrida estuvo de acuerdo en eso. Dejate de explicar! Coincidía, no le gustaba la palabra vínculo. *Pero si vos no podís otra cosa, y aunque eran, seguían discutiendo. Ya viví un vínculo como el que me proponés y la pasé re mal.*

¿Qué hubiera querido ser él para ella? Aunque consiguiera, por fin, explicar, ella era tan

exigente con el amor, no quería un paso atrás, no lo aceptaba.

Las horas pasaban, *¡cómo no nos entendemos!*, y ella que él no entendía. Él exhausto, quizás después que durmiera, quizás mañana, tendría la esperanza del olvido, *tengo la esperanza de que eso que no me entiendes, no esté mañana*, directamente que lo que no lo quiera, muera.

Y otra vez, quizás por el cansancio, le escribió: *Frente a tu incomprensión, tengo ganas de bloquearte*. Fue un ataque de bronca e impotencia. Tenía el don de meter la pata. *¿Por qué no me sacas de tu libreta de direcciones?* le respondió ella, *seguramente no te acordás el número*. *Borrá mi contacto*, sulfurada entre enojada y dolorida.

Lo radicalmente otro, no debía aclarar, para qué, es así, y nada puede evitar lo que dijiste, te lo dije, y lo que dijiste, y lo que... lo que fue dicho. Quiso detenerse, puso fuerte la música e intentó quedarse callado, esa noche no dormiría. Más vale aprender a soportar la angustia que aclararle a ella qué había querido decir con bloquearla.

HABLEMOS DE LO QUE NOS PASÓ

Cómo amaba ella a Hölderlin, un poeta romántico con enormes crisis, agitaciones psicomotrices, varias internaciones y, sobre todo, una incontrolable verborrea. Igual que hoy, ella. Bajarse el tapabocas y estar con él, le trajo de un tirón, su vida de pareja, tantas había tenía y ahora bajarse el barbijo mostraba el erotismo que corría por sus venas, impredecible, locuaz, quizás después de la pandemia y de los cincuenta, la sacudiera distinto y no podía dejar de preguntarle, a él... Muchas veces pesansó que se había enamorado y luego le caían miles de lágrimas y de desilusiones que aún seguían.

Algo pasaba nuevamente con su ira, volvían diferentes tiempos, diferentes décadas, diferentes parejas, más largas, más cortas, no parejas, ocasiones inesperadas como la vivida con él.

Él le preguntaba porqué las cosas habían sido así, no eran sólo preguntas, podrían o no estar juntos, iba más allá de eso, quería saber porqué durante tanto tiempo le había hablado a las despedidas, ese espíritu tanguero, esa sensación del me dejaron.

Ella hubiera querido ser más dulce y contarle: *¡Cómo siento el amor en este breve instante, en el que aún dura tu beso en mi boca convirtiendo este día en primavera! porque estás cerca!* Pero en cambio le había escrito en el teclado del celular: *¿cómo hacer para hablar de pareja o de algo, cuando estás tan atento a alguien que llama, si no somos nosotros al final de cuentas?*

Él era malo para la escritura en el celular, frente a la velocidad y sus pedidos de aclaración, escribía cualquier cosa, se excusaba de haber sido tan desconsiderado y le pedía perdón en veintidós idiomas y ella seguía con sus preguntas, acomodada en el sector de la cama donde aún olía su presencia, le hubiera querido escribir: *¿cómo seguiremos si la continuidad del tiempo ha estallado, mi pasado crujió en mil pedazos en tus besos, quiero estar a tu lado pero no sé si podemos?* Pero en su teclado escribía: *Tendrás*

que ir a buscar en tu interior la respuesta, a los órganos que funcionan pero sobre todo, permítime decírtelo, a lo parece que no fluye y entre cosas me parece que no anda con quién estás.

El maldito teclado le rompía el corazón, a uno y a otro; ella, cada vez que escribía cosas peores, pero sentía cosas cada vez más hermosas, sentía inflarse el enamoramiento. El, en cambio, sentía un dolor agudo en el intestino, un poco abajo a la derecha del estómago, y las fibras nerviosas que subían le hacían temer no poder controlarse. Seguramente sería cáncer o quizás tendría el bicho, los demonios de la peste, la preocupación y la incertidumbre, ¿cómo será el amor con ella, y cómo contestarle en esta pantallita tan pequeña del celular en esta estallada tierra?

Y ella, le mandaba un emoji, un corazón latiendo, una declaración de amor sin palabras, se había vuelto el ser más cariñoso y deseaba demostrarle que Dios existía en su cuerpo que danzaba y que ellos se transformarían en esa dulzura. El amor era erotismo, y ella se enamoraba, ¡otra vez había acontecido!, en la maldita nueva normalidad quería volver a tener pareja, y justo con él, no dejar pasar la ocasión y hablar

del futuro; se había bajado el tapabocas y ahora no quería con el emoji dejar de hablar de lo bien que la pasarían.

Pero él no entendía de eso, todavía buscaba respuestas, ¿por qué le pidió que atiende?, ¿había sido por él o por ella, fue el momento, el lugar, la insistencia, su historia?; no se había dado cuenta de que ya la puñalada había pasado y ella quería lamerle las heridas y vivir olvidando lo pasado. Ella iba enamorada a su encuentro mientras que a él le comenzaban a caer enormes estructuras en su entrecejo, ceño fruncido de palabras, enojos pesados como hierro, frases que se volvían opacas, antiguas, descabelladas. Todo lo que había vivido en pareja y lo que aún estaba viviendo, chocaba contra una certidumbre, sus palabras no dichas, el secreto no develado, la imposibilidad de estar libre para decirle que ya iba para su casa.

No me quiero arriesgar, tantas veces me he separado, pero nunca me separé de vos. Era confuso lo que escribía, quizás le podría haber dicho que estar con ella, le daba miedo, que tendría que resolver algunas cosas antes.

Ella odiaba seguir hablando, prefería tirar todo y volver a comenzar, siempre tantas preguntas la terminaban enamorando, y no era difícil, meterse en su belleza, cómo le había dicho atrevido, y él *¡cómo te estoy mirando!*, que era como decirle *¡cómo me mirás!*

Ella le daba miedo, su cara de enamorada, su presencia, algo que tenía, el círculo de su cuerpo, la forma de mover el deseo de ese cuerpo aromatizado de placer; y la desconcentración por ese llamado era un dilema. ¿Es que no me importaba tanto los encuentros amorosos que los hijos y la familia? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?, ¿qué importa qué dirán dos o tres amigos cuando saques la conversación de que ya no sos quién fuiste y que tiraste todo por la borda para volver a comenzar?

Ni nosotros ni ellos saben, nadie tiene certeza qué será de la pareja. Después de la pandemia, en la nueva normalidad, sigue existiendo uno de los tres grandes temas, el amor, en estos tiempos.

Ella necesita hablar de amor. Él, en cambio, está aterrado. Ella quizás sea lo único de lo que quiere hablar, para él, todo parece despoblarse,

y su vida a las cincuenta le hace sentir lejos el pasado y demasiado cerca el futuro. Su nacimiento quedó bajo la neblina de un tiempo que se va alejando y la muerte siente que lo acecha mirándolo con siniestra familiaridad.

Y entre ese nacimiento y esa muerte, está él y está ella, hablar de la experiencia erótica que hemos y estamos atravesando. *Quiero atesorar recuerdos*, hubiera querido sincerarse. Pero ella no hubiera comprendido, y no lo resistiría, pasaría del amor a la recriminación, la ira, y las ganas de nunca haber estado, de la pregunta ¿ahora qué hago? que la relanzaría al futuro, a una pregunta que la estaqueaba ¿qué he hecho?

Mirar su presente, haberse metido nuevamente en problemas. Ella deja atrás el emoji, y le ruega en mayúscula, HABLEMOS DE LO QUE NOS PASA.

EL EROTISMO DEL MOSQUITO

La nueva normalidad se parece a ese mosquito que lo sigue aún a las cuatro de la mañana. Y él le agradece que esté ahí por más que lo haya molestado, que lo esté molestando y que tendrá las más variadas consecuencias como la cara de culo por mal dormido, seguro, para el resto del día. Ese zumbido molestísimo, y esas promesas de ronchas, picaduras, picazones, eran un bálsamo para no acordarse de la conversación pendiente con ella para hoy o, a más tardar, para mañana.

Parecían un montón de mosquitos pero era sólo uno, y quizás fuera el mismo que antes de la pandemia, no lo podía asegurar pero se comportaba igual, buscaba ese lugar para picarlo, desaparecía por un largo rato expectante hasta que durmiera, se olvidara de sí, de su presencia, de ella, de la maldita pandemia, y fuera su momento, el mosquito, con su picadura, le dejaría el recuerdo de lo que no sabía cómo seguiría.

La nueva normalidad enlazaba un tiempo despierto, con otro tiempo del aún no dormido, un tiempo pasado con un tiempo prente, un tiempo con otro, y en el medio, un hueco, lo inexorable de un no saber qué hacer.

En el festín del pandemonio, infaltables demonios, insignes espíritus, brujas y virus de toda calaña que no se mantenían iguales a sí mismos, seguro ese mosquito también estaría; reuniones ensordecedoras que nos dejaron en vela miles de días, y mientras el mundo cambiaba, escuchando esas voces que aterraban.

El comienzo de un planeta, nuevo que ya no podía llamarse como nuestra vieja tierra, cada cual en sus casas o donde pudieran y para moverse sólo las múltiples pantallas, planeta *on line* donde viven millones de perfiles, de avatars, de estalkeadores, fisgones, puntualizadores, comentaristas, likeadores y clavadores de vistos, ella, el mosquito y él.

Uno sin poder dormir, el otro esperando. El mosquito era su esperanza de seguir despierto, de no perder los tiempos verbales. Por eso, no lo maldecía ni lo buscaba, en el medio de la

noche, a ese pequeño animal alado. Su esperanza pequeña pero visible. Si prendiera la luz lo podría ver, podría esperarlo para que le dijera qué había dicho mal, sabría de pies a cabeza cómo éra, podría destrozarlo con sus puños enardecidos de ese erotismo reseco que se desconcentraba tan fácil, hablaría, por fin, de todas y de tantas horas sin saber qué decirle.

Se pone a escribir, la cuestión era hacer algo, mientras lo espera, mientras el mosquito se acerca y aleja con sus mandíbulas llenas de hambre y deseantes de su piel. Volvía el erotismo que durante meses se había escondido tras el terror de la peste y los contagios pero era un erotismo frágil, finalmente era eso, se había desconcentrado.

El mosquito buscaba, cada lugar en su piel, el momento justo, volvía el tiempo y el espacio, la oportunidad. Tendría que haber seguido adelante con ella, tendría que esperar el momento y cuando estuviera desprevenido; sabía que era una cosa entre él y el mosquito, entre ella y él.

Su aguijón fálico, su lengua tierna, su sonido ensordecedor, su boca entregada de amor y

dulzura, la amenaza succionadora en su carne y concentración frágil.

A pesar de tener ese objeto ereccionable, el órgano sexual masculino, el aguijón del mosquito quería chuparlo, ella dejarse penetrar en toda su piel. Era un maltito transgénero. La nueva normalidad era transgénero, un hombre, un mosquito y una mujer confundidos, un hombre y un mosquito, buscándose, llenos de gozo, le mosquite y él vibraban de saber que estaban ahí y que tenían tiempo, cuerpos que iban y venían, y no la ubicación “real” de las pantallitas de los celulares y los mensajitos que se habían mandado, y desperdiciaban los momentos que podrían haber estado juntos.

El mosquito y su cercanía, le devolvían la humanidad que el celular inteligente y las restricciones atemorizantes de movimientos le habían quitado cuando se decretó que su vida seguía en la nube mientras que pagara el precio a fin de mes.

La presencia inquietante de ese cuerpo animal que buscaba cómo entrar en el suyo y lo necesitaba cómo a la vida misma, ese minúsculo ser le

devolvía el tiempo y el lugar, ese erotismo construido entre dos cuerpos que se tensionaban.

Ayer los especialistas daban sus datos, sus baremos, hablaban de muestras, sostenían que era muy pronto para sacar conclusiones pero lo que sí se podía comprobar era una disminución de los encuentros de las personas en el mundo, una disminución de las relaciones sexuales y sobre todo una constatable disminución del deseo sexual planetario.

La nueva normalidad venía luego de una época de falta de deseo sexual demostrando que más allá de la supuesta crisis pandémica, el mundo tuvo una crisis importante de la que todos no dejamos de hablar, de pensar, de angustiarnos: ¿Qué ha pasado con nuestra vida sexual? Queremos nuestro futuro pero ahora, y si el presente se vuelve engorroso, queremos volver al pasado y poder dormir sin la acechanza de esos demonios.

Ella había comenzado a hablar de su pasado, y ya no pudo detener su verborrea, en miles de horas de *whatsapearse* se había enterado de tantas cosas que ahora él no podía dormir. Le

había contado, no sólo los oscuros designios de la novela familiar sino los secretos mejor guardados en algún cofre antiguo y todo porque lo había elegido para ser alguien para ella.

No la pudo detener cuando le dijo que era un sueño hecho realidad y lo repetía como si no entendiera su significado, y mientras hablaba sentía la energía provocadora, la potencia de su deseo.

Había sido el mosquito que lo había desinflado, una enorme necesidad de esperar, de esperarla, de responderle y no saber qué decir. Lo que tendría que decir, no podía.

La nueva normalidad era el llamamiento a subir la cantidad de relaciones sexuales per cápita, subir las acciones de las empresas y emprendedores que trabajan con la sexualidad. Algunas cosas bajaban y otras subían. Le mosquite ha descubierto su piel desnuda luego de que las sábanas se cayeran, sus mandíbulas crían acontecimientos mientras el deseo tiene lugar en su cuerpo, ahora por debajo de las rodillas. Él, sabe que están en los momentos definitorios, mantiene la lapicera en guardia,

para que se deslice, llegado el momento, por el espacio defendido entre su vergüenza y las piernas descubiertas al caerse las sábanas al piso. El asalto final.

La nueva normalidad es una relación sexual que nos recuerda que debemos lanzarnos, que todavía podemos intentar matar un mosquito antes de que nos deje una roncha, que gracias a la vida, la comprobación de que todavía podemos errar el camino, que vuelve lo sagrado de un encuentro inesperado a altas horas de la noche.

No soy un monstruo, le quiso decir a le mosquito, y a ella, cuando la acarició con un vendaval de dedos y cerrando el puño con la energía de saber que ahí se terminaba todo.

Ese cierre soñaba la vuelta a verla, y el reen-
cuentro, esa mano se cerraba y abría, latía, una
tremenda caricia, ese erotismo de los cuerpos
que se deseaban mutuamente y que olvidaban
las explicaciones.

ESTORNUDOS, FUERA DE AQUÍ

Ella estornudó, *¿qué he amado y aprendido en estos largos meses?* Y otro estornudo explotaba, eran tres siempre fueron tres, con reflejo se tapaba la boca para estornudar en los pliegues de una zona opuesta al codo que no sabía bien cómo llamarla pero que había cobrado súbito prestigio.

Cada vez que se enamoraba, lloraba y cada vez que lloraba comenzaba a estornudar. Ella ya había pensado en la dificultad de su nombre: la manga le decían algunos, no conocía el nombre científico pero sí varios nombres prosaicos.

Hay lugares que tienen demasiados nombres mientras otros no se conocen o no estamos seguros de cómo llamarlos. Se manejan formas comunes de decir sin precisiones, el antebrazo: ¿será correcto? ¿era el nombre adecuado para nombrar la cosa donde se escondían sus estornudos?

Ese nombre no tenía localización precisa aunque el estornudo debía realizarse en ese lugar tan claro que se armaba, un hueco construido de tendones, músculos, venas y arterias, un locus específico y funcional. Un espacio, ligado a un movimiento muy complejo, preciso y específico, dirigido no sólo a atrapar, mejor dicho a no dejar escapar bacterias, virus sino para no despertar el terror de los ocasionales presentes.

Una doble justificación llevaba a ese hueco, por un lado el apresamiento de los virus mortales y por otro, la consideración para todas las criaturas vivientes.

Miles de páginas en internet, por la radio, por la televisión nos preguntaban si sabíamos estornudar correctamente y nos enseñaban cómo hacerlo. Un saber tan de buena costumbre como de obligatoriedad social, de norma de higiene, de salvoconducto a la vida.

Una pestilencia, un excedente mortífero que debía detenerse en el propio cuerpo, y si no lo hicieras despertarías la irritación, la desaprobación en todo el planeta circundante de tu acción

omitida. No habría palabras que reflejaran el desconcierto, ya todes sabemos: prohibido estornudar como antes, prohibido tirando al espacio exterior, lo interior. Ninguna acción refleja debe salir de nuestro cuerpo sin pasar por las normativas de higiene rubricadas por el ministerio de salud.

Ella pensó en su vida, no podía dejar de pensar, siempre sus estornudos habían sido muy sonoros, los más sonoros del barrio de Versalles donde había nacido. Ese estornudo la convertía en alguien disruptiva, y cuando fue creciendo y volviéndose hermosa, ese estornudo llamaba la atención de los hombres y de las mujeres que no podían dejar de imaginarse lo que sería compartir un orgasmo con ellas en unidades habitacionales con paredes de durlok.

Pero ella se había quedado sin pareja, sin vecino en plena pandemia, y sin orgasmos ¡qué mala suerte! Sacar todo para afuera, cuando venía ese estornudo, de niña lo sentía como una bendición del cosmos, de adolescente no poder salir sola por la calle porque la gente lo vivía como una provoacación, de mujer, un camino lleno de hombres queriendo escuchar sus voces

íntimas, separaciones de parejas y ahora un camino solitario.

Al menos sola podía sacar sus demonios, todites, y entonces ella no la pasó tan mal con el terror al contagio pero si encerrada en su departamento de dos ambientes con entrepiso, y una hija, sin hombre a la vista, y acordándose del último que no había sido el mejor que nunca soportó sus estornudos.

Ahora se preguntaba si él los soportaría. Su estornudo, el de ahora, venía del llanto y éste venía del enamoramiento. Pero era su marca personal, lo que le estaba aconteciendo, la devolución al mundo de sus sensaciones. Eran estornudos con ganas. Porque durante un largo año y medio, no había más mundo, se había quedado soltera a los cincuenta y pico. Ella que nunca había estado más que unos días sin alguien dando vueltas, quién aceptara o rechazara sus palabras, sus esperanzas, sin nadie que respondiera a sus estornudos; ahora sólo le respondían los demonios que la habían encerrado en su manga, ellos a ella.

No hubo en la historia, reflexionan los especialistas, una época con tan pocos estornudos.

Fueron diezmados por miles de recriminaciones, y si tenías mala suerte y no lo podías evitar debía ser cortito, en sordina, avergonzado.

Ella, toda la vida orgullosa que el final de su proceso, de su soltar, de su separación, de sus cambios internos, de tantas cosas inexplicables, llegara esa forma personal de estornudar.

Y ahora que podía volver a salir, bajo el tapabocas y se enamoró. Y hubiera querido volver de otra manera, sola en silencio de su habitación, en su cama, en el extremo derecho donde aún olía su ardor, el segundo estornudo, seguramente de tres, le hizo recordar mucho más que su historia que era el tiempo de su primer estornudo, éste era la demostración cabal de que su enamoramiento era un hecho.

Lo no realizado la atormentaba, por eso quería seguir hablando, ¡atendé puede ser importante!, quién podía ser más importante que estar desnudo y adentro de ella, tuvo miedo, volvió a llorar, el tercer estornudo llegó atragantado, quién podría estar buscándolo, ese estertor se despachaba en una especie de pregunta más allá de su manga. No era buena señal, los contaba

uno, dos, tres, y aparecía en el fondo un cuarto, para alguien cabulera era signo no sólo de lo novedoso de esta época sino la comprobación de un futuro de buenas y malas acciones pero sobre todo de amores contrariados, la certeza otra vez que su enamoramiento sería único. A esta edad y sin tener todos los certificados necesarios para rubricar el estado de la cosa.

Tantos miedos ha traído esta época de pandemia. ¿Cómo quedaste después de estas épocas? Estornudar cuatro veces se volvía una inequívoca señal. Cabulera. Su padre era así, siempre intentar estar en el mismo lugar, repetir ese instante, el primigenio, al que supuestamente le había ido bien; por más que casi toda su vida no dejara de perder y perder, hasta esa forma de despedirse de la vida, dejando esa sensación de que podría haber seguido viviendo.

Y le agarró miedo, un cuarto estornudo presagiaba la llegada del destino, todos se enterarían de que había una mujer enamorada, y que el amor no ha cumplido con los sagrados ritos de los encierros en el antebrazo. Y para ella, el haber estornudado de esa manera, fue la seguridad de que quería hablarle. De que se lo diría.

Los estornudos han dejado de vivir en la tierra. ¿Qué es el ser humano ahora sino un animal que no estornuda? Ya no más sacar para afuera lo que pica en el alma y destruirlo contra el piso, demostrar la fuerza de vaciarse y volverse más liviano. El ser humano se ha convertido en alguien a quién pica la garganta y resiste, considera que tiene gente alrededor y que no debe estornudar como tampoco mostrarse tan enamorada.

Ella, y su cuarto estornudo, había dejado de ser ella. ¿Quién era ese hombre, él que cambió mi forma de estornudar? Ella está desconcertada, ¿cómo hará las tareas que tiene que hacer en el día de la fecha?

Debería no salir, no haberse bajado el tapabocas, metídose para adentro, evitar sacarse la ropa; no había vuelta atrás, cuando se escucha el sonido del goce, lo que no lograron, lo que hubieran hecho, apenas cada vez con más ganas.

Ese estertor, el último, el que no terminaba encerrado en el lugar innombrable del cuerpo, salía al exterior, y le mostraba que ya estaba

nuevamente en el elixir del amor, en una crisis que no sabía cómo terminaría, ¿por qué ese enamoramiento la llevaba inexorablemente a una crisis, felicidad y dudas, al mismo y maldito tiempo?

¿Cómo será estornudar con él, no podría evitarlo, en su cara, caricia de beso dulce y agradecido de ser él el final de su amor? El final. No habían podido llegar al final y entonces quizás no podrían. Y si no pudiera estornudar en su presencia, mover la lengua, y sacar bacterias, virus, miles de microbios, darlos a tu interior deseante, si no pudiera esa espera de estornudo en tu mirada, ese grito subiendo cada vez, ese color, ese olor, esa explosión propia, que se prepara y salta; viene, viene, viene esa picazón en el medio del alma y ahí explota pero sonó el celular, maldito.

Los especialistas han investigado la relación entre sexo y estornudo. Un artículo en la revista de la Asociación de Médicos de la India, sostiene que se puede sufrir un ataque de estornudos cuando están excitados sexualmente dos personas. Sostiene la *BBC News* que una posible explicación es que, según los investigadores, la

nariz, igual que los genitales, contiene tejido eréctil. “En 1972, un hombre escribió al revista *Journal of The American Medical Association* para contarle que siempre padecía un ataque severo de estornudos inmediatamente después de tener un orgasmo”.

Comprobada esta relación directa, también dicen los especialistas psi, el estornudo es una defensa frente a las agresiones del ambiente, es la protección del sistema respiratorio, es el alerta de que algo tenemos para decir y, sin embargo, es también lo contrario, la evidencia del no hablar, del quedárselo para uno, una defensa triunfal, la protección que nos prescriben las reglas sanitarias, la lectura de los epidemiólogos de contagiados y fallecidos. Se trata de la salud pública, ¡qué importa lo que sentís! No más estornudos, y mucho menos cuatro, no se permiten estornudos acá, el estornudador no es bienvenido, estornudos, fuera de aquí.

LA LIBRERÍA ABIERTA A LA FRANQUEZA

Ella y él deciden volverse a ver, deciden encontrarse caminando por la calle Corrientes, uno parte de Villa Urquiza, el otro desde Juan B. Justo. Habían chateado tanto que, cuando se cansaron, dijeron de ir a caminar y volverse a ver en una situación inesperada, a la luz del día, donde se encontrarán; esto no se resolvía de noche y apurados por el tiempo de los celulares, juraron silenciar los celulares y sólo caminar sin pedidos de explicaciones.

Ella salió disparada a vestirse desde el sillón pegadito a la computadora; salir a caminar ¡no había cosa que le gustara más!, suponía que, al menos, quince cuadras tendría para que la luz y el viento, le soplaran la cara antes de verlo. Sabía que se encontrarían en una librería que ella conocía, suponía por la mitad, haría un poco de trampa y lo esperaría por ahí y lo invitaría a entrar y a buscar algún libro para leer

juntos como si fuera la actividad más natural que podrían hacer. Ella sabía que a él le calentaban los libros, así lo había dicho, y sabía de su perdición, y la de ella, por algunos filósofos y pensadores.

Ella tenía un par de horas largas antes de volver a su casa con su hija y sabía qué libro buscaría. Sabía que le gustaba la serie *Terra-
dois*, y el pensador brasileño Jorge Forbes, y su teoría de que estábamos viviendo en la tierra dos, en otra tierra de la que vivíamos antes. Y había un texto que lo quería discutir acerca del “nuevo normal”.

Él le diría que a la tierra dos, la nombraba como planeta, y a la uno, la estallada, fragmentaria, residual tierra donde los cuerpos habían sido depositados, arrojados, olvidados, con toda esa poesía furibunda, atroz, descarnada que sólo algunos poetas malditos podrían describir.

—*El planeta se ha vuelto uno.*

Y allí fue el encuentro, él sorprendido y entusiasmado por la sorpresa del café-librería, la vio primero y pensó que ahora sí quería tener sexo

y no se desconcentraría por nada, ni por algún pensamiento que lo torturara.

La felicidad verla, notar lo bien que se paraba en sus piernas largas, y a los cincuenta cómo uno está parado dice tanto como las opiniones políticas, las relaciones familiares y los gustos musicales.

Ella lo miró llegando e hizo como si no lo hubiera visto; los pequeños juegos del escondite que le gustaban tanto de niña, eso la enamoraba más. Vestía apuesto aunque con una mirada distraída, siempre con esas ganas de salir corriendo, quizás estuviera un poco nervioso. Sabía que ella ponía nerviosos a muchos hombres, pero él era él no debía estar nervioso con ella, hoy sería la mujer más dulce sobre la tierra, despejaría su cara y sus palabras de dudas y estaría dispuesta a que la llevara a cualquier lado que se le ocurriera.

El encuentro fue antológico, como si recién se conocieran, ella lo invita a tomar un café y a mirar libros, como cuando fueron aquella vez, *¿te acordás?, en la biblioteca del colegio* y los tuvieron que ir a buscar porque no salían

más, buscando y buscándose charlas porque ese momento era interminable.

Hace como un año y medio que no vengo a una librería. Ahí le mostró el libro, él lo toma en sus manos y lo comienza a leer:

“Solo se habla de una llamada: “nueva normalidad”, es decir, se busca desesperadamente rehacer las normas de vida que fueron sacudidas, con la engañosa certeza de que todo se va a resolver con algunos ajustes, con algunos arreglos del tipo: trabajar a distancia, salir de los grandes centros, utilizar mejor la tecnología, entretejer la vida familiar con la vida laboral, etc. Es verdad que eso sucederá, que ya está sucediendo. Ahora, el problema es pensar que todo se resolverá cambiando la ropa de cajón, reacomodando la vida en nuevos estantes del armario llamado “nueva normalidad”. Es poco, demasiado superficial e insuficiente para comprender la revolución que está aconteciendo”.¹

1. Artículo publicado originalmente en el N°. 141 de la revista HSM Management, “O novo a.normal” (29 de Julio 2020) pág. 71. <https://www.revistahsm.com.br/post/o-novo-a-normal> traducido al español por Camilo E. Ramírez, con autorización del autor.

La consigna era no hablar de ellos dos, y entonces ella comienza a hablar de su familia, parecía haber sacado un gran álbum de fotos que se ponía a compartir, vio a su nena de bebé, la separación con el padre, como lo nombraba, los familiares, la madre envejecida de golpe, hace poquito... Él llegó hasta a reconocer los familiares vivos de los muertos, muchos los había conocido en su adolescencia, era un encuentro raro, presente y pasado, parecía que le estuviera acercando todo su árbol genealógico, y hasta anoticiándolo de los problemas que había entre las hermanas, y hasta vio la cara de enojo de la madre cuando se enteró de lo que su hermana había hecho, y para que no todo fuera tan trascendente, ella le habló de su querido perro Paqui que había muerto el año pasado de tan viejo, *aún lo sueño, pero es raro lo sueño como era de chico.*

Sin interrupción, él también le habló de su vida pero sobre todo le habló de las ganas que tenía de llevarla a la cama, se rieron de ese término, *ya no se usa, ¿no?*, era lo lindo de encontrarse con alguien de la misma generación, del mismo aula de la secundaria, le dijo que pondría música, algún tema que ella conociera de memoria y la besaría hasta que no dieran más,

las lenguas extenuadas que de tanto sabor dulce se perderían extasiadas. *¿Te acordás cuando nos besamos tanto en un bar que nos terminaron echando?*

Ella remoloneaba de ganas, era el momento de invitarla a algún lado, imaginarla con un almohadón pegado a su cuerpo, faltaba poco pero él decide hablar, le parecía que eso era honesto, y le dice que está en situación de separación pero que todavía no, le habla del país en una situación complicada y que tanto gusta de ella. Ella comienza a imaginar lo que le cuenta; su cara expresiva, se demuda, comprendía que el momento estaba pasando, que le gustaba hablar pero no le gustaba tanto escuchar.

Dice él: *Esta nueva normalidad nos puede poner nuevamente en fila peor que antes, porque el miedo nos colapsa y nos hace obedecer o quizás es la posibilidad de algo nuevo, una invención, una responsabilidad, un nuevo contacto con lo espiritual, una nueva pareja.*

Todavía no se había dado cuenta, siempre tarde, que la tranquilidad previa había sido derribada por un terremoto y, a pesar de que ya

estaba terminando, para ofrecerle seguir lo del otro día en otro lugar porque *estamos vivos, en esta nueva normalidad y queriendo saber qué nos pasa.*

Ella ya no era la misma. Después se quedaría pensando si había hecho bien cuando dijo: *La situación está bien así, dejemos que termine así, quizás nuestro momento sea dentro de poco pero no ahora.*

No eran solo palabras, estaba desconsolada, suponía que la cosa podría haber sido distinta, y que si bien agradecía su franqueza, hubiera querido algo distinto en la librería, más que la comprensión de su situación, deseaba los retorcijones del amor, otra vez su extrema sensibilidad al momento volvía a jugarle una mala pasada, inesperada, todo era frágil, y ya no sabía cómo seguirla. Sólo pagar la cuenta y salir nuevamente a la calle.

NO AL CIRUJEJO, AMOR

Salieron de la librería, sabían que tenían que ir para diferentes direcciones pero siguieron para el mismo lado, caminando en una tarde lluvioso, una incomodidad los movía, cada uno por diferentes razones intentaba hablar. Los primeros cinco minutos fueron de pisarse y de mirar dónde pisaban, las aceras rotas son una de las dificultades más molestas de la ciudad.

A la altura de Villa Crespo, *¡no, esta calle es ya Chacarita!*, ella piso una baldosa floja y lo mojó de agua sucia, se rió y mientras esperaba su venganza, se acercaba a él mientras que de frente, del medio, del costado, aparecían continuamente transeúntes. La vida en la ciudad. Es tan difícil estar enamorados como caminar juntos. Acá un andamio para arreglar un edificio, ahora un kiosko que achica la vereda, un bar con sus mesas afuera, pero sobre todo gente pidiendo.

Él le preguntaba si no estarían todas las personas pobres reunidas, aglomeradas en esas cuadras que ellos caminaban, ella se reía del comentario pero era un tema que le importaba, *la ciudad se ha empobrecido*, mientras le hacía mirar a una mujer llena, llena, llena de todo lo que pudiera ponerse, frazadas y frazadas, esperando sentada en la parada un colectivo que nunca tomaría, *en realidad esa mujer no espera más que estar sentada, mirá sus piernas llenas de varices, hinchadas llenas de dolor, no le permiten estar parada.*

Estaba ahí para que alguien antes de tomar el colectivo, sacara la billetera para buscar la sube, y le diera unas monedas para comer, una comida incierta día a día. Y más allá un tacho de basura y dos personas metidas adentro, curvando sus cuerpos entre adentro y afuera, topología bien conocida en la ciudad, buscando y encontrando algo que seguramente ya habían distinguido.

—*Están trabajando, hoy los llamamos recicladores, dice ella.*

—*¿Recicladores?, antes se los llamaba cirujas.*

Después cartoneros, y ahora los recicladores, son los nuevos nombres de la pobreza.

Ella había leído mucho sobre el tema. Se habían multiplicado como las diferentes historias de la pobreza, en la ciudad más rica del país. Era difícil hablar del amor caminando, si no habían podido en el lugar más lindo, y si tampoco habían podido en una de las épocas más lindas, o al menos con menos años y más porvenir, como era la adolescencia, ¿qué esperar ahora?, quizás el amor fuera eso, la espera de otra cosa, que el milagro aparezca y lo pudieran reconocer, o al menos que se diera el encuentro, y cómo pedirlo, sin que se caiga como esas gotas que tanto le habían quedado en el recuerdo de él cuando leía en su adolescencia a Cortázar, lloviendo, con baldosas movedizas, y pobres buscando en tachos desvencijados.

Ella también había leído “Cronopios y famas” pero le interesaba hablar más de otro libro que hablaba de la etnografía de la supervivencia de Mariano Perelman, era un libro a partir de una tesis de doctorado, analizaba cómo un grupo de personas se ganan la vida cirujeando, y cómo construyen esa actividad como un trabajo nece-

sario y legítimo pero que a pesar de todo cuando los ves, *mirás el límite de la soportabilidad.*

—*No meten sus cuerpos dentro de los tachos de basura y sus manos en la basura sino porque el cirujeo es su capital económico, para los pobres buscar en la basura es una salida digna de la pobreza.*

Ellos bombardeados por la ciudad, hablaban del tema, por lo menos no hablaban de ellos. Él le contó que enfrente de su departamento había un reciclador, o sea un enorme tacho de basura, y que escuchaba una y otra vez a las personas que iban a tirar la basura y aquellos que iban a reciclarla, a cirujear.

Ella le contó que ciruja provenía del lunfardo y “es la abreviación de la palabra cirujano”, *¡lo que es el humor popular, comparar a estas personas con los cirujanos!*, unos y otros metían la mano, en el tacho de basura, y como los médicos en el cuerpo humano, extraían minuciosamente cosas malditas de lo útil para sobrevivir.

Él sigue hablando de la utilidad. En forma imprevista, ella dice que no quiere cirujear el amor. Ella lo tenía claro. *Nunca serás para mí*

eso, le respondió. Ella no quería el tiempo que le quedaba, al que llamaba malvadamente el tiempo de descarte, el segundo plato, *quizás sos el primer plato* quiso agregar él, *pero no el principal*, sentenció ella.

Él pensaba que la vida lo había puesto frente a un amor, no valía la pena pensar que ese amor no pudiera avanzar porque su situación comprometida, como no estar de alguna u otra manera comprometido a su edad y con su historia.

Caminan y siguen caminando, las gotitas se suspenden en los cables y caen, gotones se enroscan en su pelo crespo, no hemos contado como es ella, ¿por qué contarle ahora?, la más linda que se puedan imaginar, cada cual imagine la más linda. Y él, también, el más lindo que se puedan imaginar. Debe ser el final porque lo cursi los lleva a decidir de una manera futbolera, en este comienzo de la nueva normalidad, había que terminar la jugada, no importaba cómo, mentira, no importaba dónde.

En la primera de cambio, en la vereda de enfrente, cruzando Corrientes, a la altura del 6500, un lugar donde poder pedir un poco de

privacidad, sin celulares. Sin esperanza de la continuidad que derrocha, que tira abajo todo encuentro posible. Ahí estaban ellos, ahí estarían ellos por un rato, dejémoslos ahí.

Nunca mejor puesto el nombre de transitorio, lo que vivían era transitorio, pero ahí estaban ellos y acá estamos nosotros. Una nueva normalidad transitoria, no estuvo por cientos de años, y ahí estaban en este momento a pesar de la incertidumbre de cómo seguirían.

